



EUROPEAN
COUNCIL
ON FOREIGN
RELATIONS

ecfr.eu

POLICY
MEMO

CÓMO HABLAR CON RUSIA

Kadri Liik

SUMMARY

- Un creciente sentimiento de alienación cultural está dificultando cada vez más las conversaciones con Rusia.
- Los dirigentes occidentales están de acuerdo en que Rusia quiere ser tratada como un igual, pero siguen existiendo desacuerdos sobre el significado del término «igualdad». Para Rusia, significa tener el derecho a fijar o modificar las «reglas del juego».
- Esta falta de alineamiento se ve agravada por la incapacidad de escoger el tono adecuado a la hora de comunicarse. Putin y su equipo más cercano están muy influidos por su pasado soviético y adoptan actitudes distintas según corresponda dirigirse a Occidente o escucharlo.
- Los actuales planteamientos al respecto de la comunicación con Rusia yerran el tiro. En lugar de tratar puntos en común, la diplomacia debería analizar racionalmente el contexto de los desacuerdos y definir en común la naturaleza de estos.
- En cualquier caso, Occidente habría de comunicar muy claramente su postura en lo referido a la aplicación de los acuerdos de Minsk y debería exigir como condición para el levantamiento de las sanciones la completa aplicación de estos.
- Europa debería considerar la participación de actores y expertos de la sociedad civil que puedan convertirse en líderes de pensamiento en el futuro.

Tras la anexión de Crimea por parte de Rusia, muchos responsables políticos europeos concluyeron que había sido un error permitir a Rusia salirse con la suya en la guerra de Georgia de 2008. «No fuimos lo suficientemente claros con respecto a Georgia. Por eso se metieron en Ucrania»: esa fue la lúgubre conclusión europea. Muy probablemente, en Moscú se pensaba lo mismo sobre la expansión de la influencia occidental: «No fuimos lo suficientemente claros en Georgia. Por eso se metieron en Ucrania».

Este ejemplo ilustra el problema al que se enfrentan hoy Rusia y Occidente. Una y otro entienden por «conducta internacional aceptable» cosas diametralmente opuestas y también discrepan en los objetivos y motivaciones «naturales» que subyacen a dicha conducta. Una y otro, además, son incapaces de conversar sin intermediarios sobre sus diferencias. Los distintos marcos de trabajo y la deficiente comunicación han dado pie con el tiempo a narrativas antagonistas que se perpetúan a sí mismos.

En Rusia, donde la toma de decisiones depende de un reducido grupo de personas de mentalidad muy similar, ha emergido una sólida narrativa antioccidental muy difícil ya de permear. En un momento delicado, esta circunstancia puede resultar muy peligrosa: si ambas partes consideran que la agresión viene de la otra, una interpretación incorrecta de las intenciones del otro puede conducir a acciones imprudentes.

En este contexto de alienación cultural, ¿sigue siendo posible hablar con Rusia? ¿Qué haría falta para ello?

Esta es la incómoda pregunta que hoy día se hacen la OTAN y la UE. En la OTAN se reconocen en ocasiones los peligros

de una comunicación deficiente, pero el debate en la UE sigue una lógica política y burocrática. El deseo de entablar «una conversación positiva» a la vez que se imponen sanciones —o como sustitución de estas— alimenta la esperanza de que, si la interacción es satisfactoria, Rusia ablande su postura y se alcanzará un *new deal* en virtud del cual el gigante eurasiático se preste de nuevo a cooperar. A este respecto, se alude con frecuencia a la cooperación entre la UE y la Unión Económica Eurasiática (UEE) como posible vía para acuerdos futuros.

El deseo de entablar una «conversación positiva» es comprensible y, definitivamente, la coexistencia y cooperación con Rusia debe seguir siendo uno de los objetivos estratégicos a largo plazo de Europa. No obstante, este asunto no debe tomarse a la ligera, so pena de incurrir en considerables riesgos. Nuestras diferencias son tan profundas que no pueden disimularse tras iniciativas burocráticas, por bienintencionadas que estas sean. Lo que es peor, en lo referido a las diferencias de comunicación, acrecentar las expectativas a partir de falsos presupuestos puede llevar a decepciones y a cosas más graves. Dado nuestro historial de mutuos despechos, cada nuevo fracaso resultará más emocional que el anterior y, probablemente, concitará reacciones negativas aún más peligrosas.

La experiencia de los Estados Unidos con la llamada *reset policy* —la política de reseteo de relaciones con Rusia— ofrece un ejemplo ilustrativo. Para los Estados Unidos, el reseteo posibilitaba esa «conversación positiva» de la que habló anteriormente. Fue una medida pragmática, un intento de colaborar con Rusia en áreas de interés común y, por tanto, de limitar la visibilidad de los desacuerdos. Sin embargo, en Rusia, la política de reseteo estadounidense —propuesta al poco de finalizar la guerra de Georgia— se interpretó como una apología geopolítica; como el reconocimiento de que los Estados Unidos se habían internado demasiado en lo que Rusia considera su esfera de influencia. Se entendió, en efecto, como una promesa de cambio de rumbo.

Así lo reconocería más adelante bajo la Regla de Chatham House un ex diplomático ruso:

«La política de reseteo fue malinterpretada por Rusia. Rusia pensó que las grandes potencias la aceptaban por fin, pero en realidad el reseteo se refería en última instancia a una escueta batería de asuntos. Fue una gran decepción. La idea de cooperación táctica es ajena a la élite rusa. Las relaciones con otros países siempre han tenido mucha carga emocional. El reconocimiento es una cuestión importante y Rusia quiere ser tratada como un igual».

La naturaleza del desacuerdo

Que Rusia quiere ser tratada como «un igual» es un argumento a menudo esgrimido por responsables políticos y expertos rusos en el marco de conversaciones. No obstante, la definición de «igual» es vaga. Institucionalmente, podría decirse que a Rusia se la ha tratado como a un igual o inclu-

so mejor, pues ha sido admitida en todas las instituciones occidentales de las que ha querido formar parte sin cumplir necesariamente con todos los requisitos. Occidente también ha hecho todo lo posible por que la UE y la OTAN tengan en Rusia un «socio estratégico» de ideas similares. Pero Rusia no se siente tratada como un igual, sino humillada. ¿Cómo es posible?

Lo cierto es que Rusia jamás ha querido ser tratada como un igual dentro del sistema occidental, que tiene la OSCE como base. En realidad, para Moscú, ser «igual» significa tener derecho no solo a defender sus propios intereses en la Europa post-Guerra Fría y sus normativas comunes, sino a fijar y modificar las reglas. Significa, en efecto, poseer el derecho de veto geopolítico y que Occidente acepte incondicionalmente la naturaleza del régimen y sus prácticas fronteras adentro. Sin embargo, los principios de la OSCE no permitirían ni una cosa ni la otra.

En contra de lo que muchos afirman, Rusia no es una potencia expansionista. No desea dominar el mundo, conquistar Europa ni resucitar la Unión Soviética. Pero sí busca mantener su esfera de control sobre el área que la UE considera su vecindario oriental, y quiere que ese tipo de esferas de control sean aceptadas como principio rector de la convivencia internacional. Rusia no tiene una agenda global ambiciosa: su política en la región Asia-Pacífico, por ejemplo, está más condicionada por sus relaciones con Occidente y las grandes potencias que por la idiosincrasia local. Igualmente, sus actuaciones en Oriente Medio no tienen tanto que ver con la situación en la región como con la postura contrarrevolucionaria del Kremlin y su «principio de inviolabilidad de los regímenes». Estos asuntos, en efecto, preocupan a Rusia en el contexto de Occidente más que en el asiático, pues Moscú considera que la mayoría de las revoluciones populares de las últimas décadas han sido pergeñadas desde el hemisferio occidental.

Si bien estas acciones no constituyen un desafío global para Occidente que pudiera evocar los años de la Guerra Fría, sí es cierto que traen consigo un agudo conflicto de paradigmas condenado a reproducirse una y otra vez.

Las razones de la mala comunicación

Dicho conflicto se ve magnificado por la deficiente comunicación y los malentendidos que la acompañan. Los responsables políticos rusos interpretan las acciones de Occidente según sus paradigmas propios: al parecer, creen realmente que Occidente diseña «revoluciones de colores» con el objetivo de reducir la esfera de control rusa y ampliar la propia. Sospechan, en efecto, que el objetivo último es provocar un cambio de régimen en Rusia.

Occidente, a su vez, parece haber olvidado en los últimos tiempos hasta qué punto Rusia posee una visión distinta del mundo y sus principios rectores. Occidente interpreta las acciones de Rusia como anomalías, fruto de malentendidos o de intereses políticos intranacionales. Se ha creído firme-

mente que si Rusia experimenta realmente las ventajas que ofrece la cooperación, terminará convirtiéndose en miembro devoto de la OSCE y su orden.

Es completamente normal que la brecha abierta entre la visión rusa del mundo y la nuestra se haya hecho más profunda tras la consolidación del régimen autoritario en Rusia. No obstante —y esto no es enteramente lógico—, Occidente no ha sabido sondear la profundidad de esa brecha, al menos hasta que la anexión de Crimea hizo saltar las alarmas. Esa omisión se explica por la pereza intelectual y el voluntarismo, y tiene que ver también con el deterioro de la comunicación, el cual, a su vez, se debe en parte a la personalidad de los líderes, principalmente de Vladímir Putin.

Un experto ruso que asesora desde hace tiempo al Ministerio de Asuntos Exteriores de ese país ha señalado que Rusia dio su beneplácito a las dos primeras rondas de ampliación de la OTAN porque le fueron argumentadas en términos comprensibles:

«No les gustó la idea de la ampliación, pero se dieron cuenta de que intentar detenerla podría costarles muy caro, así que negociaron compensaciones. Todos los deseos que Moscú fue capaz de articular terminaron cumpliéndose. Otra cosa es que Rusia supiera sacar partido de ello. En cualquier caso, Rusia era consciente de haber aceptado ese acuerdo.»

Tales conversaciones, no obstante, tuvieron lugar fundamentalmente durante los gobiernos de Yeltsin y Clinton. Con la llegada de Putin y Bush, empezaron a menguar tanto la capacidad de Rusia de articular sus deseos como la capacidad occidental de comprenderlos.

Aquí es donde entra en juego la personalidad de Putin. La visión del mundo del presidente y su modus operandi están modelados a partir de la norma y la hagiografía soviéticas en un grado superior al del común de los rusos, incluso de su generación. Sus hábitos comunicativos siguen pautas inconfundiblemente soviéticas que son a menudo malinterpretadas durante las conversaciones con Occidente y lo hacen parecer un personaje poco fiable. No se trata, sin embargo de una actitud necesariamente deliberada.

En la era soviética, la hipocresía era la norma. Este hecho queda ilustrado en el famoso adagio soviético: «Nosotros fingimos trabajar, ellos fingen pagarnos». La adhesión al oficial estado de las cosas —fingir trabajar, fingir creer en el comunismo— era un deber social que, no obstante, todo el mundo sabía impostado. En estas circunstancias, solo había dos maneras de debatir sobre el estado de las cosas real: entre líneas (pero mediante retóricas oficiales) o abandonando la impostura en *petit comité*.

En sus comunicaciones con Occidente, Putin ha echado mano de ambas estrategias: se ha valido de la retórica liberal occidental para hacer llegar sus (a menudo antiliberales) mensajes. Además, ha recurrido a la cruda verdad, con

declaraciones como «Ucrania ni siquiera es un país». Occidente, sin embargo, suele hacer oídos sordos: por un lado, desoímos el doble discurso de las declaraciones «políticamente correctas»; por el otro, se desprecian los mensajes «desnudos» —de aspereza en ocasiones rayana en lo grotesco— como muestras de chantaje o acoso a las que conviene hacer caso omiso.

Esto no quiere decir que Occidente no recurra jamás al doble discurso. Lo hace, pero de otra manera. En Occidente, se emplea quizá como atajo para resolver problemas reales espinosos, pero jamás ha sido la norma ni ha servido para crear una doble realidad sostenida en el tiempo. Las reglas en ocasiones se infringen, pero siguen siendo las reglas, incluso a ojos de los infractores. En el sistema soviético era al revés: las reglas eran una ficción incluso a ojos de quienes las cumplían.

Esta lógica explicaría asimismo por qué Rusia está tan descontenta con gran parte de las normas y reglamentos internacionales con los que voluntariamente se ha comprometido, ya sea la carta de la OSCE o las normas de la OMC: jamás se le ocurrió pensar que había que seguirlos a la letra pero también en su espíritu.

Rusia hace gala de un interesante doble rasero cuando se trata de cumplir las reglas. Si bien puede mostrarse muy rígida y legalista en la interpretación de la norma, es muy capaz de ignorar tranquilamente su espíritu. Es capaz incluso de recurrir a la literalidad de la ley para eludir el espíritu de esta. Tal conducta, no obstante, se ve a menudo impulsada por el convencimiento ruso de que tal actitud le permite, en efecto, mantener una «conversación real», dejando de lado las apariencias que impone la norma oficial (del mismo modo que la Constitución de la URSS tapaba la realidad de la política soviética).

La operación especial desarrollada por Rusia en Crimea es un ejemplo claro de esa lógica. Era importante observar la ley al pie de la letra, a saber, fingir que el referéndum celebrado en la península lo habían exigido sus habitantes para poder recurrir, al menos, a la negación «no plausible» de la involucración de Rusia.

Al comprobar lo que estaba ocurriendo, muchos europeos llegaron a la desairada conclusión de que «Putin mentía». Sus mentiras, no obstante, guardan cierta lógica. Tienen como objetivo engañar pero también comunicar. La operación de Crimea sirvió a Rusia para transmitir que tenía la capacidad de fijar las reglas en su vecindario y estaba dispuesta a ello. No era una demostración de fuerza física y también mental. Rusia le estaba diciendo a Occidente: «Quizá sepáis que estamos allí, pero no tenéis pruebas, así que no podéis hacer nada. Más os vale aceptar nuestras condiciones».

Muchos dicen de Putin que es un buen estratega pero no tiene estrategias. Quizá estén en lo cierto. El líder ruso, sin embargo, sabe muy bien adónde quiere llegar, aprovecha los huecos que se abren en el terreno de juego y a menudo recu-

re a las escaladas en los acontecimientos como invitación a conversar o para recordar que sus deseos deben ser tomados en serio. Con ello, a menudo lo que Putin pretende es evitar conversaciones directas. Como reconoce un sorprendido funcionario de Bruselas:

«iRusia jamás dijo que quería incluir a Ucrania en su esfera de influencia! De haberlo dicho, habríamos abordado el asunto de otra manera.»

Sin embargo, ni Rusia ni Putin dijeron nada al respecto. Pensaron que era evidente, demasiado obvio para expresarlo en palabras.

Tras los primeros años de Putin en el poder, un medio de comunicación ruso tildó su política exterior de «bulgakoviana», en referencia a la famosa frase de *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov: «Nunca pidas nada a nadie. Nunca. Especialmente a aquellos que son más poderosos que tú». Al contrario de lo esperado, Putin no armó un revuelo cuando las repúblicas bálticas entraron en la OTAN ni pidió dinero ni esfera de influencia. Y antes, tras los atentados del 11-S, apoyó a los Estados Unidos sin pedir nada a cambio. Y, sin embargo, el hecho de que no hiciese ninguna petición no significa que no alimentase determinadas expectativas. «Ellos harán la oferta y te darán lo que consideren oportuno», continúa la cita de Bulgákov, en efecto.

Esa oferta, no obstante, jamás se materializó. Lo que para Putin fueron importantes concesiones, Occidente lo interpretó como un resultado del interés común. En lugar de pagar de vuelta con un favor de naturaleza y magnitud equiparables o —más bien— explicar por qué ese favor no se le podía conceder, Occidente se limitó a dar las gracias. Y así se inauguró la mala comunicación.

¿Y ahora qué? Políticas y problemas

Después de que la anexión de Crimea dejara al descubierto el calibre de las diferencias entre Rusia y Occidente, se han propuesto en los países occidentales tres distintas opciones políticas.

La primera de ellas supondría tratar de contener a Rusia y plantearía el fortalecimiento de los planes de defensa de los territorios de la OTAN, la limitación de la influencia rusa sobre sus países vecinos no pertenecientes a la OTAN y el mantenimiento de las sanciones económicas, que —supuestamente— harán caer tarde o temprano el cada vez más frágil régimen moscovita.

La segunda opción —defendida, entre otros, por los gurús estadounidenses de la política exterior Zbigniew Brzezinski y Henry Kissinger— propone fundamentalmente un acuerdo geopolítico con Rusia que giraría en torno a un estatus no alineado permanente para Ucrania.

La tercera opción sería una combinación de palos y zanahorias, la que más se oye en Europa: mostrarse firmes con

las sanciones y servirse de ellas para regular la situación en Ucrania, buscando a la vez maneras de ofrecer a esta una nueva posición en el orden europeo. Esto se podría conseguir legitimando la UEE mediante un acuerdo de cooperación con la UE.

Las tres propuestas llevan la mejor de las intenciones, pero muchos son poco conscientes de lo que supondría adoptar cualquiera de ellas sobre el terreno.

Contener a Rusia es necesario, de eso no hay duda. Pero hemos de resistir la tentación de trazar demasiados paralelos con la Guerra Fría. De lo contrario, estaríamos fomentando la aplicación de viejas soluciones a desafíos nuevos, y en lugar de dar forma a nuevos enfoques nos arriesgaríamos a dejar de ver la realidad presente. En efecto, el tiempo de la Guerra Fría ha renacido «modificado» en las mentes de muchos occidentales, que lo recuerdan como una era de heroicidades en que las diferencias entre el bien y el mal eran meridianas. Los peligros reales y la confusión de aquella época han caído en su mayor parte en el olvido.

En realidad, una nueva política de contención no traería éxitos tan fáciles. En comparación con otros tiempos, Rusia es mucho más débil que Occidente, pero Occidente está centrado en otros muchos asuntos. Una nueva Guerra Fría sería por tanto asimétrica, y hasta ahora, a Occidente le ha ido mucho peor en las guerras asimétricas que en las otras. De hecho, una Guerra Fría como debe ser, oficialmente reconocida, le convendría bastante al actual régimen ruso, pues cerrar filas junto a la población frente a un enemigo externo prolongaría su esperanza de vida. La caída del régimen propiamente dicho tampoco es la solución. Para que de sus ruinas nazcan proyectos de futuro, sería necesario que el régimen primero se desacreditase a sí mismo ante la ciudadanía para que esta lo cambiase después.

Firmar un acuerdo geopolítico con Rusia no sería menos delicado. No solo entraría en conflicto tal acuerdo con la amplia gama de instrumentos que regulan las actuaciones internacionales de los países europeos (la carta de la OSCE, los principios del Consejo de Europa, los tratados fundacionales de la UE y la OTAN), sino que resultaría imposible de llevar a la práctica. Tras la Guerra Fría las esferas de influencia se mantenían en pie gracias a la mutua coacción, pero hoy día hacen falta maniobras de atracción. Moscú puede reclamar esferas de influencia, pero en realidad no puede mantener el control sobre las mismas sino con la aquiescencia de las sociedades y países concernidos. Estas sociedades, por su lado, están empezando a madurar y piden más responsabilidad a las élites que, con frecuencia, han dirigido sus países desde la corrupción y el interés propio.

Todo esto se pone de manifiesto en un proceso, azaroso pero inevitable, que la UE no puso en marcha y no es capaz de controlar, pero que no puede sino apoyar. Moscú, por otro lado, está obsesionado con las élites que tiene bajo su control y, por tanto, probablemente resistiría cualquier cambio. Además, vería en todos los problemas que surgiesen en su

área de influencia una subversión incitada desde Europa. De esa manera, aunque Occidente concediese a Rusia una esfera de influencia, jamás cosecharía los frutos deseados en términos de estabilidad. Antes bien, abandonaría los principios del orden europeo basados en la OSCE.

Por fin, la tercera opción —la combinación de firmeza y de un proyecto atractivo— corre el riesgo de ser malinterpretada por Rusia del mismo modo que fue malinterpretada la política estadounidense de reseteo. No debe ignorarse que la cooperación entre la UE y la UEE se limita por naturaleza a unas áreas determinadas. Hoy por hoy, la Comisión Económica de la UEE solo puede manejar asuntos comerciales, pero uno de los países miembros, Bielorrusia, no es miembro de la OMC. Para la UE, todas las negociaciones comerciales se basan en los reglamentos de la OMC. Esto complicaría el encontrar temas para el debate con la UEE, pues podrían tratarse solo asuntos técnicos de bajo nivel (estándares y protocolos aduaneros, por ejemplo). Invertir en una interacción de bajo nivel esperando grandes avances sería inútil y también peligroso.

Puede ocurrir que Rusia no reciba con agrado esta propuesta, y en el peor de los casos la malinterpretará. Rusia quizá hallaría esperanzas de que Occidente por fin reconozca sus derechos geopolíticos y haga otras concesiones sin pedir nada a cambio. Pero ese no sería el caso. La UE no hace concesiones incondicionalmente ni siquiera a sus estados miembros.

Por su lado, la UE quizá tenga la esperanza de que una cooperación acotada con Rusia crezca poco a poco y se convierta en algo mayor, convirtiéndose así el gigante eurasiático en otro socio colaborador dentro del sistema occidental. Pero ese tampoco sería el caso. Un gesto medianamente simbólico de buena voluntad no «compraría» la aquiescencia rusa. Si estudiamos las propuestas hechas por Rusia —al respecto del orden geopolítico e incluso de la Zona de Libre Comercio de Alcance Amplio y Profundo con Ucrania—, nos daremos cuenta enseguida de que para cumplir con las expectativas del Kremlin tendremos que aceptar una profunda revisión de los principios de la mayoría de instituciones post-Guerra Fría; no solo de la OTAN y la OSCE, sino de la OMC y quizá de Bretton Woods, entre otras.

Centrarse en las diferencias y hablar

En ausencia de una política practicable que imponga sacrificios asumibles, ¿cómo debería Occidente plantear el diálogo con Rusia? Por extraño que parezca, las conversaciones entre Rusia y Occidente deberían comenzar no por las cosas en común —como marcaría el instinto diplomático— sino por las diferencias.

El principal objetivo de la comunicación habría de ser analizar racionalmente el contexto y definir la naturaleza de los desacuerdos. De lograrlo, las diferencias seguirían existiendo pero entrañarían menos riesgos. Una vez convencido Moscú de que Occidente no está tramando un ataque contra

Rusia aunque intente defender sus principios en Ucrania, se reducirán enormemente las posibilidades de un ataque preventivo contra activos o aliados occidentales. Igualmente, cuando se convenza el Kremlin de que Occidente defenderá con firmeza ciertos principios básicos —aunque esté desesperado por cooperar con Rusia— disminuirá asimismo el peligro de que se repitan los acontecimientos de Ucrania.

Este tipo de conversaciones habrá de producirse a diversos niveles y en diversos formatos, empezando por arriba: es importante mantener el intercambio verbal con el presidente Putin. Aunque «viva en un mundo diferente», como dijo Angela Merkel, sigue siendo importante que sepa que Occidente comprende sus acciones.

Para aminorar los peligros derivados de malentendidos políticos, es importante que entre los ejércitos existan contactos operativos, que deberán calibrarse cuidadosamente. Rusia no debe tener la posibilidad de recurrir a conversaciones —militares o de otro tipo— para legitimar sus acciones en Ucrania y, por otro lado, ha de convencerse de que Occidente está dispuesto a defender el territorio de la OTAN y que eso no significa que esté preparando un ataque contra Rusia.

En el frente diplomático, Occidente debe ser muy claro con respecto a su postura en lo que atañe a la aplicación de los acuerdos de Minsk: solo la aplicación completa de estos allanaría el camino para el levantamiento de las sanciones. Hasta ahora, Occidente ha intentado convencer a Rusia de que salve su prestigio saliendo de la cuenca del Donéts, y Rusia sigue dando muestras de querer fagocitar a Kiev y controlar las decisiones que se toman desde esa capital. La UE debe ser clara al respecto: tal cosa no puede ocurrir. Dicho esto, si en algún momento Rusia quiere optar por una salida que le permita lavar su imagen, se le deberá conceder. Pero, ciertamente, habrá de expresar muy claramente que tal maniobra para recuperar el prestigio no implica la aceptación de las condiciones impuestas por Rusia. La (mala) interpretación que Rusia hizo del acuerdo entre Víktor Yanukóvich y sus opositores, en el que terció Occidente, debería servir de ejemplo y advertencia sobre cómo puede malinterpretarse la labor de mediación.

A nivel institucional, deberemos considerar la reorganización de algunos formatos de conversación y su adaptación a las necesidades de hoy. La mayoría de formatos que usan Rusia y Occidente para intercambiar pareceres —si no todos— se basan en el presupuesto de que ambas entidades comparten intereses e incluso valores, lo que ha originado mucha frustración en ambas partes. Rusia se ha sentido permanentemente criticada, mientras que los aliados occidentales se han visto obligados a elegir entre las buenas relaciones con Rusia y el respeto a su sentido de la verdad. Podríamos librarnos de la frustración rediseñando el debate de manera que no fuese obligatorio pensar lo mismo en todos los asuntos. El Consejo de la OTAN-Rusia sería obviamente el primer candidato para dicha reorganización, pero existen otros.

Además, deberíamos intentar interactuar con la sociedad civil rusa, aunque el Kremlin lo ponga difícil. Algunas ONG rusas se muestran notablemente activas y están bien organizadas. Son claramente los viveros de las futuras élites del país. En Rusia se ponen muchas trabas a sus actividades, pero muchas de esas ONG ejercen gran influencia y tienen además conexiones con el exterior. Europa debe dar apoyo a esas organizaciones e invitar a sus activistas al debate social en Occidente. Hoy por hoy es imposible llegar a ese público ruso más amplio que solo consume la información seleccionada por el Kremlin. Pero los activistas de las ONG están deseosos de establecer contactos y muy probablemente se conviertan en líderes de opinión cuando la dictadura sobre los medios de comunicación rusos toque a su fin.

Debemos asimismo continuar conversando con los círculos de expertos de Rusia. Si bien muchos ejercen como portavoces del régimen, otros desean comprender de verdad la situación. Algunos ocupan posiciones intermedias. Quizá resulte complicado cambiar la forma de pensar de estos expertos, pero siempre pueden surgir buenas relaciones personales, las cuales —en los momentos de crisis— serán útiles a la hora de obtener una mejor comprensión de la forma de pensar y la motivación política de la otra parte implicada.

En resumidas cuentas, Europa debe poner en marcha una serie de conversaciones a varios niveles con Rusia para tratar sus diferencias, sin el objetivo inmediato de resolver estas con algún tipo de oferta grandilocuente. Debemos hablar sobre nuestras discrepancias para racionalizarlas. Compartimentar la relación y buscar áreas de cooperación siguen siendo objetivos legítimos, pero solo si dicha cooperación es entendida por ambas partes por lo que realmente es. Por lo contrario, puede resultar peligroso embarcarse en un proyecto simbólicamente positivo que se vea condicionado por los malentendidos, pues las expectativas elevadas, si no tienen fundamento, conducirán sin remedio a reacciones negativas cada vez más peligrosas.

Traducción de Miguel Marqués

Sobre la autora

Kadri Liik es *Senior Policy Fellow* en el European Council of Foreign Relations. Antes de unirse a ECFR, en octubre de 2012, Kadri dirigió el International Centre for Defence and Security de Estonia. Con ECFR ha publicado, entre otros títulos, *Russia's Pivot to Eurasia* (2014) y *Regime Change in Russia* (2013).

SOBRE ECFR

El **European Council on Foreign Relations** (ECFR) es el primer *think tank* paneuropeo. Creado en 2007, su objetivo es realizar investigaciones innovadoras, construir coaliciones por el cambio y promover un debate informado sobre el desarrollo de una política exterior europea coherente, eficaz y basada en valores europeos.

ECFR ha desarrollado una estrategia con tres elementos distintivos que definen sus actividades:

- **Un consejo paneuropeo.** ECFR cuenta con un distinguido Consejo de más de 250 miembros —políticos, dirigentes, pensadores y empresarios de los Estados miembros de la UE y de países candidatos— que se reúne una vez al año. A través de grupos de trabajo permanentes que se dividen geográficamente y por temas, los miembros proporcionan al personal de ECFR asesoramiento y opinión sobre políticas y colaboran en las actividades que ECFR lleva a cabo en sus países. El Consejo está presidido por Carl Bildt, Emma Bonino y Mabel van Oranje.

- **Una presencia física en los principales Estados miembros de la UE.** ECFR es el único *think tank* europeo con oficinas en Berlín, Londres, Madrid, París, Roma, Sofía y Varsovia. Estas permiten canalizar las opiniones y puntos de vista de varios Estados miembro de la UE. Nuestra presencia paneuropea nos sitúa en el centro del debate político de las principales capitales del continente, aportando plataformas para la investigación, el debate y la difusión y apoyo activo de iniciativas.

- **Una presencia física en los principales Estados miembros de la UE.** ECFR ha reunido un equipo de distinguidos investigadores y profesionales de toda Europa para poner en marcha innovadores proyectos de investigación y desarrollo de políticas con un enfoque paneuropeo. Entre las actividades de ECFR se incluyen la investigación de campo, la publicación de informes sobre políticas, la celebración de encuentros privados, debates públicos y reuniones de «amigos de ECFR» en distintas capitales de la UE, y la difusión en medios de comunicación estratégicos.

ECFR es una organización benéfica registrada y financiada por fundaciones benéficas, gobiernos nacionales, empresas y particulares. Estos donantes nos permiten difundir nuestras ideas y apoyar activamente una política exterior de la UE basada en valores. ECFR colabora con otros *think tanks* y organizaciones, pero no hace donaciones a particulares o instituciones.

European Council on Foreign Relations no adopta posturas colectivas. Este artículo, como todas las publicaciones de European Council on Foreign Relations, solo representa las opiniones de sus autores. European Council on Foreign Relations posee los derechos de autor sobre esta publicación. No se puede copiar, reproducir, volver a publicar o distribuir de ninguna manera el contenido de esta publicación excepto para uso personal y no comercial. Cualquier otro uso requiere el permiso escrito previo de European Council on Foreign Relations

© ECFR Diciembre 2015.

ISBN: 978-1-910118-54-2

Publicado por el European Council on Foreign Relations (ECFR), 35 Old Queen Street, Londres, SW1H9JA, Reino Unido

london@ecfr.eu